

TERCERA PARTE



FONDO BIBLIOTECA NACIONAL  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

---

---

## CAPITULO PRIMERO.

### La Iglesia y la civilizacion (1).

Es una cosa fuera de toda duda entre las personas ilustradas que la verdadera civilizacion del mundo, á cuya cabeza marcha la Europa, se debe á la influencia del Catolicismo. El inmortal Balmes lo ha demostrado con toda evidencia en su admirable obra que acabamos de citar, que es el trabajo más notable que existe sobre esta materia.

Pacífica y lentamente realizó el Catolicismo la revolucion social más asombrosa que registra la historia, y preparó el estado de cultura de los tiempos modernos. Al extirpar los vicios, mejorar las costumbres é ilustrar la inteligencia de los individuos, no podía ménos de obrar eficazmente sobre toda la sociedad, que no es otra cosa que un agregado ó coleccion de individuos en mútuas relaciones. Apenas se estableció la Iglesia, extendió en derredor suyo como una atmósfera benéfica, que respiraron aún los que no eran sus hijos, y su saludable influencia se hizo sentir en todos los órdenes sociales.

---

(1) Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*. Idem, *La Sociedad*.—Chateaubriand, *Estudios históricos*.—Cantú, *Historia Universal*, capítulos 5.º y 6.º—Gaume, *Hist. de la Sociedad doméstica*, etc.

Es un hecho histórico que, al anunciarse el Evangelio, y á medida que fué progresando, el mundo cambió completamente de faz, y saliendo del caos en que yacía, avanzó á pasos agigantados por el camino de la justicia, de la verdad y de la perfeccion. El elemento divino trasformó el elemento humano, y comparada la sociedad cristiana con la sociedad antigua, son de todo punto distintas y áun contrarias. Ideas, costumbres, instituciones, leyes, artes, todo cambió, precisamente en sentido católico; de donde se infiere que cambiaron precisamente porque el espíritu católico se introdujo en ellas.

No hay efecto sin causa proporcionada: y un efecto tan grandioso y universal no pudo provenir de una causa meramente humana. La sociedad recibió un empuje tan poderoso de progreso, que todavía dura hoy con igual potencia, pero con mayor movimiento que al principio, porque no tropieza con los obstáculos que entónces. Solo un brazo divino podía tener tanta fuerza.

Si esto es la civilizacion, necesario es confesar que se debe enteramente á la influencia del Catolicismo, á la accion vigilante de la Iglesia. El empuje fué dado por el Hijo de Dios hecho hombre, el movimiento empezó en toda la tierra, la Iglesia le dió su direccion acertada, como depositaria y administradora del poder de su divino fundador.

Examinando los principales caractéres de la verdadera civilizacion, hallaremos que todos han sido formados por el Catolicismo.

El mejoró la condicion social de todos los infelices y de todos los débiles; restableció la dignidad de la mujer y de los hijos, miserablemente degradados por el paganismo; devolvió su primitiva nobleza á la parte más numerosa de la humanidad, reducida á la más afrentosa esclavitud; y por su carácter de *católico*, terminó los ódios y rivalidades entre pueblo y pueblo, por las cuales el extranjero era mirado como enemigo, y en adelante hizo que los hombres se considerasen como hermanos.

Predicando las más sublimes virtudes y practicándolas, á la par que refrenando las pasiones, mejoró las costum-

bres públicas y privadas: dando al hombre un vivo sentimiento de su dignidad, le enseñó á respetar á sus semejantes, y dulcificó sus relaciones mútuas; y elevando el sentimiento de la justicia, hizo prevalecer el derecho sobre el despotismo, la razon sobre la fuerza, y puso un freno á las violencias de los particulares y á los abusos del poder. Poco á poco logró introducir su espíritu en las leyes y en las instituciones, prestándoles un sello de equidad y de tolerancia, enteramente propias de pueblos ilustrados y libres; y extendiendo su accion á las naciones, restauró sobre anchas bases el derecho público y de gentes, y si no logró abolir por completo las guerras, á lo ménos pudo hacerlas más raras y disminuyó su ferocidad.

El Catolicismo aseguró firmísimamente el orden social, inculcando un profundo respeto al hombre y á su propiedad, y avivando en todos casos el sentimiento del deber. Tranquilo entónces el hombre acerca de su estado, pudo dedicarse sin zozobra á desarrollar sus facultades en todos los ramos de la actividad humana, cultivar las ciencias y las artes y promover la industria, para proveer con facilidad y prontitud á todas sus necesidades. De aquí los grandes progresos de la edad moderna, que no son otra cosa que la perfeccion de antiguos esfuerzos y observaciones. Mas como sucede con frecuencia que el hombre cae en el error, buscando la verdad, la Iglesia ha cuidado de corregir los extravíos de la razon humana, guiando á la filosofía, y enriqueciéndola con un caudal de verdades, que le dan seguridad y facilidad para ulteriores investigaciones. Además, produjo de muchos modos un bienestar material en todas las clases, especialmente las menesterosas, y, por último, puso una institucion benéfica al lado de cada miseria de la humanidad.

De manera que, sintetizando en una sola idea la accion civilizadora del Catolicismo, se reduce á la elevacion de la conciencia, de la inteligencia y del corazon. De la *conciencia* por la justicia, la moralidad y el honor; de la *inteligencia* por la revelacion, las ciencias, las artes y la defensa de la verdad; y del *corazon* por el orden, la delicade-

za de sentimientos, el amor á nuestros semejantes y las múltiples manifestaciones de la caridad.

En virtud de esta accion tan vasta, tan poderosa y tan constante, proseguida en todos los siglos con celo infatigable, hemos llegado al estado de cultura en que hoy nos hallamos. En vano se buscarán otras causas, pues todas, áun las que parezcan contrarias al Catolicismo, se han nutrido de su espíritu, y se han aprovechado de sus cimientos. El protestantismo desvió el curso de la civilizacion europea, empujándola por un atajo peligroso, y emancipándola en gran parte de la accion de la Iglesia. Por eso la ha conducido al racionalismo, y la ha precipitado en los errores antiguos. La revolucion francesa fué una destruccion, no un progreso; cambió el estado de la sociedad, pero no la mejoró en cosa alguna. Su lema *Libertad, Igualdad y Fraternidad*, es exclusivamente católico, y siempre se había defendido por la Iglesia. Esta revolucion quiso disfrazar sus horrores con un manto pomposo, y solo consiguió que aquellas palabras sacrosantas perdiesen su verdadero sentido y fuesen oidas con recelo. Esta ha conducido á la sociedad al materialismo, y ha resucitado los antiguos vicios. Ambos fueron un deplorable retroceso, ó, á lo ménos, un entorpecimiento, conmoviendo el edificio que la Iglesia había levantado trabajosa y pacientemente en el largo trascurso de los siglos. Y no sabemos á dónde hubiera ido á parar el mundo, si al mismo tiempo que ellos demolían, la Iglesia no hubiera restaurado, á semejanza de los que defienden una plaza sitiada.

Porque así como el Catolicismo es esencialmente civilizador, así su negacion es, por el contrario, una degeneracion y un retroceso. Y la mejor prueba de ello son aquellas regiones de Asia y Africa, ilustradas y florecientes mientras fueron católicas, y vueltas á la barbárie y al embrutecimiento desde que el sol del Catolicismo se apartó de ellas.

Actualmente la sociedad parece que avanza, porque se agita incesantemente; pero en realidad no hace más que fluctuar. Los adelantos materiales son ciertamente apre-

ciables, pero pesan bien poco en la balanza de la verdadera civilizacion. Desgraciadamente se sabe que es muy posible que sea bárbara una sociedad con ferro-carriles y telégrafos.

La civilizacion no llegará á su completo desarrollo mientras no se practiquen por todos las máximas del Evangelio. Cuanto más conforme es el hombre al espíritu del Evangelio, es más apto para vivir en sociedad, más dispuesto para hacer el bien, más opuesto para hacer el mal, más capaz para perfeccionarse é instruirse y ser útil á sus semejantes, porque está ménos dominado por las pasiones que perturban la inteligencia y pervierten la voluntad. Ya se gloriaban de esto los antiguos apologistas San Justino, Tertuliano, y despues de ellos San Agustin, y lo ha confirmado la experiencia, y lo dicta la recta razon.

Haced que los hombres sean sinceramente católicos, y vivan como tales, y habreis realizado el ideal supremo de la verdadera civilizacion: aquel ideal, que Balmes hace consistir «en que coexistan y se combinen en el más alto »grado la mayor inteligencia posible en el mayor número »posible, la mayor moralidad posible en el mayor número »posible, y el mayor bienestar posible en el mayor número »posible» (1).

Lo dicho se confirmará echando una rápida ojeada á la civilizacion pagana antigua y moderna, á la civilizacion protestante y á la llamada civilizacion moderna, y de paso iremos desenvolviendo con más extension lo que ha hecho el Catolicismo por el bien de la sociedad.

§ I.—*La civilizacion pagana.—Su falsedad real.—Triste condicion de las clases numerosas.—Degradacion de la mujer y de los hijos.—La Iglesia salvó la sociedad y la familia.*

No nos detendremos en hacer una descripcion de la monstruosa degradacion á que había llegado la sociedad en el paganismo: no hay escritor ni orador que no dedique al-

(1) *La Civilizacion*, art. 1.º

gun párrafo á lamentarla, y nuestros lectores la habrán visto repetida mil veces. Solo indicaremos á grandes rasgos los principales vicios de aquella civilizaci6n menida, que no se avergüenzan de elogiar algunos escritores.

Fijándose éstos únicamente en las grandezas que nos refiere la historia, no consideran el estado de las clases numerosas, cuya suerte y moralidad es la verdadera medida de la civilizaci6n de los pueblos. Hablan con entusiasmo de Babilonia, de Nínive, de Tebas, de Atenas, de Roma, de Cartago. Cuando la mano del hombre, cavando en los lugares en donde estuvieron estas ciudades, descubre algunos restos de ellas, los contempla con admiraci6n. Pero si las lágrimas derramadas en aquellos sitios, la sangre vertida, la corrupci6n y los crimines de todo género hubieran dejado iguales vestigios, el hombre, al descubrirlos, retrocedería espantado. Hoy se citan como nombres ilustres, y debían citarse como borrones de la humanidad.

Ensalzan á Egipto por su sabiduría, á Grecia por su libertad, á Roma por su poder; y les vamos á presentar la vergonzosa lepra que se ocultaba bajo el manto de tanta gloria.

A la verdad, no carecía de fundamento la reputaci6n de sabiduría que tenía el Egipto. Allí fué formado Moisés en las ciencias humanas, ántes de haber sido instruido por el Espiritu Santo en las divinas. Allí fueron á perfeccionar sus conocimientos los más sábios de los griegos, Solon, Tales, Pitágoras, Eudorio y Platon, como nos dice Plutarco. Pero allí la verdad no era conocida sino por un pequeño número de sábios, y no sin estar mezclada de groseros errores. El resto de la naci6n era víctima de la ceguera más estúpida. El cocodrilo, el ibis, la mona, el perro y el gato, los animales más ridículos, como los más feroces, eran el objeto de su culto.

Llegó á tal extremo su embrutecimiento en el sitio de Pelusium, que habiendo colocado Cambises á la cabeza de su ejército una multitud de gatos y perros, los egipcios no se atrevieron á disparar sus flechas por temor de herir á sus pretendidas deidades, y con esta estratagema se hizo

dueño de la plaza y de la guarnici6n (1). Nadie ignora su veneraci6n al buey Apis, y áun á las cebollas de los huertos, que inspiraron á Juvenal una de sus mejores sátiras (2). Como consecuencia era un crimen degollar un cabrito; pero estaba permitido alimentarse de carne humana (3). A los ojos de la mayor parte de sus reyes eran los egipcios esclavos, cuya inacci6n era peligrosa y á quienes era preciso aplicar á trabajos gigantescos. De aquí esos inmensos laberintos, esas pirámides colosales; de aquí esos obeliscos que la vanidad actual traslada con grandes gastos de aquellos lugares en donde la vanidad antigua creía haberlos fijado para siempre. Los pueblos veían con admiraci6n pasar, en medio de ellos, estos mudos testigos de la antigüedad, sin poder obtener ninguna noticia cierta, ni siquiera sobre su destino. En aquel Egipto, que nosotros llamamos la tierra de las ciencias y la sabiduría, la mayor parte de los hombres vivieron y murieron en el más profundo embrutecimiento.

En Grecia, que se cita como el país de la libertad, no se ve más que esclavitud por todas partes. El número de los esclavos era inmensamente superior al de los hombres libres. Atenas tenía 40.000 esclavos y solo 20 000 ciudadanos. Dirían que aquellos no eran griegos; pero, ¿acaso no eran hombres? La mujer y los hijos vivían sujetos á la más atroz tiranía del padre, que tenía sobre ellos derecho de vida y muerte. Este, á su vez, era esclavo de una multitud de tiranos que, con pretexto del bien público, disponían á su antojo de su vida y de su fortuna. Cada ciudad de Grecia estaba dividida en muchos partidos que se aborrecían de muerte: las conspiraciones, las sediciones, los degüellos, eran una cosa ordinaria. Cuando triunfaba un parti-

(1) ¿Quién había de imaginar, exclama con gracia el Ab. Pinard, que el gato hubiera tenido mártires entre los hombres? *Bienfaits du catholicisme*, cap. 3.º, pág. 31.

(2) Juvenal, *Sátira* 15.

(3) ..... *Nefas iñc fetum jugulare capella,*  
*Carnibus humanis vesci licet.*

Ibid.

do, la condicion más dichosa que podían esperar sus contrarios era el destierro. Milciades murió cargado de cadenas por sus conciudadanos despues de haber salvado á su pátria en Maraton. Temístocles, que tuvo la misma gloria, fué condenado por los suyos. Aristides, que había gobernado sábiamente, fué desterrado, porque los atenienses se cansaban de oír llamarle *el Justo*; y Sócrates tuvo que beber la cicuta. En aquella Grecia, país de la libertad, la mayor parte de los hombres vivieron y murieron esclavos.

Para saber lo que fué en realidad la fuerza del pueblo romano, debemos considerar el uso que hizo de ella.

El ciudadano tenía derecho de vida y muerte sobre sus hijos, y usaba sin escrúpulo de este derecho bárbaro. En nombre de la pátria se sacrificaba á los padres, madres, esposas, hijos y cuanto hay más querido en la tierra. Horacio sacrificó á su hermana, culpable de haber llorado á un enemigo de Roma. Un senador supo que su hijo iba á juntarse con Catilina. «No te he engendrado, le dijo, para combatir á la pátria, sino para defenderla.» Y le entregó á la muerte. Dos Brutos se hicieron célebres, el primero por haber sacrificado sus hijos á la pátria, y el segundo á su padre. Para apreciar la importancia que tenía la vida de un hombre para este fiero ciudadano, no hay más que ver cómo trataba á sus esclavos. Jugaba con ellos como el niño con sus figuras de barro, y cuando los infelices estaban rendidos de fatiga, los enviaba á descansar en subterráneos infectos, en los que apenas penetraba el aire. Con la misma crueldad los trataban otros dueños, y cuando ya no podían trabajar, los enviaban á morir de hambre sobre una isla del Tíber, ó los arrojaban vivos en los estanques para engordar á las murenas. Más todavía; el hombre se había envilecido tanto á los ojos de sus semejantes, que se le quitaba la vida para dar más verdad á las representaciones trágicas, para animar los festines, y por puro pasatiempo. Roma trataba á los pueblos vencidos lo mismo que sus ciudadanos á los esclavos. Les imponía las más duras condiciones, y los inmolaba sin compasion, por poco que su interés se lo aconsejase. Todo el mundo sabe de qué

modo terminaba sus arengas Caton, el más justo de los romanos, más justo que los mismos dioses de Roma; *Delenda Carthago*. Y si algo podría sorprendernos todavía de parte de aquel pueblo, es que semejante voto fué adoptado.

Seguramente había en el pueblo romano elementos de una fuerza extraordinaria; pero había tambien elementos de una grande debilidad, y si desde el principio no le hubieran atacado las naciones vecinas, si su propia ambicion no le hubiera lanzado á hacer conquistas, en poco tiempo se hubiera exterminado á sí mismo. «Solo la guerra, dice un elocuente escritor, hacía cesar las discordias intestinas, y Roma subsistió mientras la tierra le ofreció naciones por conquistar. Pero una vez vencido el universo, cada romano pretendía reinar sobre él, y horribles conmociones sacudieron el imperio hasta sus cimientos. No sé qué furioso encono, saliendo impetuosamente del corazon humano y arrastrando consigo todos los crímenes, se desbordó sobre esta nacion, condenada por el Cielo á ser el verdugo de sí misma. Como los criminales á quienes se ejecuta en el lugar de su delito, estos ejércitos, conducidos por la mano de Dios, marchaban léjos á sufrir su juicio en los lugares que hubieron devastado; y no hay un rincón del imperio en donde la Providencia no obligara á estos feroces adoradores de la libertad á dejar montones de huesos, como monumentos de la civilizacion y de la felicidad del pueblo rey.»

«Mas no fué solamente en los campos de batalla y en el furor de los combates donde los ciudadanos caían bajo la espada de sus conciudadanos: listas sangrientas fijadas en las puertas del Senado ó en las fachadas de los Templos anunciaban cada dia á millares de romanos, que el vencedor les mandaba morir. Se vió tambien en esta época espantosa á los jefes de las facciones cederse mutuamente la vida de un amigo, de un pariente, de un hermano, y especular sobre la proscripcion. Y juntándose la sed de oro á la sed de poder, se vendía el asesinato y se traficaba con la muerte. En fin, el imperio, fatigado de discordias, vino á reposar en el seno del despotismo militar, y algunos

mónstruos devoraron tranquilamente á este pueblo, que había devorado al mundo» (1). En aquella Roma, que llamamos el pueblo rey, la mayor parte de los hombres vivieron y murieron miserablemente (2).

No era más feliz la suerte de otras naciones, pues todas adolecían de los vicios dichos. Además, estaban en guerra perpétua, que se hacía con tanta ferocidad, que no quedaba ninguna esperanza á los vencidos. La nación vencida quedaba aniquilada, y sobre sus ruinas se levantaba el vencedor hasta ser destruido á su vez por otro conquistador más poderoso.

Vista la falsedad de la civilización de aquellas naciones que se nos citan como modelo, veamos ahora el horrible cuadro que nos presenta San Pablo de la sociedad de su tiempo.

El hombre estaba sumergido en la más profunda ignorancia religiosa y en la más horrible corrupción moral. *Él transfirió el honor, que solo es debido á Dios incorruptible, á la imagen de un hombre corruptible y á figuras de aves y de cuadrúpedos y de serpientes. Por esto fué abandonado á los deseos de su corazón y á la inmundicia, y se deshonró á sí mismo. Puso la mentira en lugar de la verdad de Dios. Hombres y mujeres mudaron el uso natural en otro uso contra la naturaleza. Llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de maldad; envidiosos, homicidas, reñidores, engañadores, calumniadores, enemigos de Dios, injuriadores, soberbios, altivos, inventores de hacer mal, desobedientes á sus padres, sin prudencia, sin modestia, sin afección, sin misericordia* (3). Hé aquí el espantoso cuadro de la sociedad pagana.

Por todas partes se veía la degradación del hombre: del niño, á quien se ahogaba, se exponía, se vendía y se inmo-

(1) Lammennais, *Essai sur l'indifference*, cap. 5.º

(2) Pinard, *lug. cit.*

(3) Rom. I, 23 y siguientes. ¡Ah! ¿No es este también el retrato de la sociedad moderna? *Dignos son de muerte, prosigue el Apóstol, no solo los que estas cosas hacen, sino también los que consienten á los que las hacen.*

laba; del prisionero, que era reducido á esclavitud y obligado á morir sobre la tumba de los vencedores ó en los anfiteatros; del pobre, que era rechazado como un animal inmundo; del esclavo, que era despedazado á golpes, abrumado de cadenas, asesinado y arrojado como pasto á los leones, á los tigres y á los pescados; de la mujer, que era comprada, vendida, prostituida y maltratada de mil modos. Degradación del hombre en sí mismo, en su inteligencia, que alimentaba con los errores más vergonzosos, torpes y crueles, ó con conocimientos vanos y estériles para el verdadero bien: en su corazón, que degradaba con los afectos más brutales y humillantes; en su cuerpo y en sus sentidos, que manchaba sin compasión, haciéndolos ministros de toda suerte de iniquidades, y en su vida, que se quitaba por el hierro ó el veneno, ó que vendía al que quería gozar de ella (1).

Entonces apareció el cristianismo formando, dentro de aquella sociedad degradada, otra sociedad nueva, compuesta de *hombres nuevos, criados, según Dios, en justicia y en santidad de verdad* (2). Estos, practicando todas las virtudes y ejerciendo con honradez las artes y oficios, influyeron sobre la moral pública con su ejemplo, y sobre el bienestar material con su fidelidad en los contratos y con su caridad á los infelices, y fueron los miembros más útiles del Estado. La verdadera civilización empezó con ellos. «Somos los ciudadanos más útiles, podía escribir Tertuliano; jamás negamos el depósito que se nos ha confiado, no manchamos el lecho ajeno, educamos piadosamente á los huérfanos, socorremos al indigente y nunca volvemos mal por mal... frecuentamos vuestras plazas, vuestros baños, vuestras tabernas, vuestras tiendas, vuestras ferias y todos los demás lugares á donde concurre la gente. Navegamos, cultivamos y mejoramos las tierras, nos dedicamos al comercio y á las artes mecánicas, y vendemos los productos de

(1) Gaume, obra citada, parte 2.ª, cap. 1.º

(2) Ephes., IV, 24.

nuestra industria. Nadie puede quejarse de que le somos inútiles, sino las prostitutas, los que sostienen los lugares infames, los partidarios de la gente de mal vivir, los vendedores de veneno, los mágicos, los charlatanes, los adivinos y otros semejantes á quienes siempre seremos perjudiciales» (1). Así influyó sobre la sociedad entera, en su parte moral y material.

Hay, sobre todo, una obra que la verdadera civilizacion nunca podrá agradecer bastante al cristianismo: la salvacion de la familia envilecida, cambiando radicalmente la suerte de la mujer y de los hijos y devolviéndoles su dignidad.

La mujer pagana había sido reducida al último extremo de abyeccion. Su dignidad estaba miserablemente trunca-da por tres degradaciones; en las *consideraciones* que se debían á su debilidad, en su *pudor* y en su propio *carácter de mujer*, por lo cual arrastraba en todos los pueblos una existencia precita, envilecida y menospreciada, y su historia no contiene más que páginas de ignominia (2).

Pesaba sobre la mujer el despotismo más absoluto del marido, que podía cederla, venderla ó prostituirla á su antojo, y en algunos pueblos estaba obligada á sacrificarse sobre la tumba de su esposo. Sobre ella recaían los trabajos más penosos y era considerada como una cosa, como una propiedad, como un jumento. Ni siquiera era apreciada como instrumento de placer. Aun en aquellos pueblos en que disfrutaba de mayor consideracion, estaba, sin embargo, degradada, por la poligamia, por el repudio, por el concubinato y por el desprecio de la personalidad. A la degradacion en su *pudor* concurrían de consuno las leyes, las costumbres y su propia corrupcion. En algunos pue-

(1) Tertul., *Apolog.*, cap. 42. Véase la obra *Beneficios de la religion cristiana*, caps. 5.º y 6.º, traduccion de Labayen. San Sebastian, 1831.

(2) Véase nuestra obra *Las Flores de la vida*, parte 2.ª, libro I, en donde lo probamos extensamente.

blos era universalmente obligatoria la prostitucion, en otros era aceptada como un honor. En todas partes dominaba la más desenfrenada licencia, y las matronas romanas se entregaban á los esclavos con tal escándalo, que el Senado tuvo que intervenir para cortar tamaña corrupcion sin poderla remediar, y, al contrario, dando ocasion á que muchas se hiciesen inscribir entre las mujeres públicas, para librarse de las penas. El *carácter de la mujer*, que naturalmente lleva consigo la idea de dulzura, de bondad y de sensibilidad, se había pervertido hasta tal punto, que las damas nobles bajaban desnudas á la arena á tomar parte en los juegos sangrientos de los gladiadores, y todas asistían á estos espectáculos con el mayor placer. Cuando algun gladiador vencido pedía gracia, y entónces su vida dependía de ellas, apostrofando su cobardía, daban la señal de su muerte, levantando el dedo pulgar.

¡Tan degradada estaba la mujer pagana! Mas aun cuando no hubiera sido así, tendría suficiente desgracia al ver arrebatados sus hijos para exponerlos públicamente ó darles muerte si eran deformes, ó venderlos ó sacrificarlos á los ídolos. Esto sucedía con los niños en todos los pueblos antiguos, á excepcion únicamente de Tebas. Si la naturaleza dió á su corazon los sentimientos maternales que tienen las mismas fieras, se comprenderán los dolores de aquellas madres al ser privadas de los pedazos de sus entrañas. Y, ¿qué suerte sufrían aquellos expósitos, que arrojaban sus mismos padres, con la tolerancia de las leyes? En Roma especulaban con estos niños cuatro clases de gentes: los *lanistas*, que los recogían destinándolos para gladiadores; los *dueños de los lupanares*, que los educaban para el libertinaje; los *mágicos*, que componían brevajes con su sangre, y los más crueles, los *mendigos*, que los mutilaban bárbaramente con objeto de explotar la caridad pública (1). La pluma se resiste á tantos horrores, que no

(1) Gaume, 1.ª parte, cap. 11.—Esta última industria se ejerce tambien actualmente en la culta Lóndres.

podían ignorar aquellas infelices madres. Los hijos que no eran expuestos, quedaban sujetos á la tiranía del padre, que tenía sobre ellos derecho de vida y muerte, y lo ejercía con frecuencia en algun arrebató de furor.

El cristianismo puso remedio á estos males en su raiz, elevando á la mujer al rango de compañera del hombre, y sancionando la unidad é indisolubilidad del matrimonio, con lo cual curó las dos lepras de la familia pagana, la poligamia y el divorcio. La mujer recuperó su dignidad al ser igualada con el hombre, al ser tratada con respeto, al ser honrada por su pudor y su virtud, y se convirtió en el génio benéfico del hogar doméstico. Su pudor fué realzado por la castidad que prescribe nuestra santa religion, hasta dentro del matrimonio, y por los honores y privilegios concedidos por la Iglesia al estado de virginidad. Su carácter brilló de nuevo con su natural delicadeza y dulzura, con sus amables atractivos, con su caridad y con su ternura, que hacen de ella un ángel de consuelo para todas las miserias. No es de admirar esta trasformacion, porque la mujer cristiana fué modelada bajo el tipo de la bendita Virgen María, Madre de Dios, que es la honra y el decoro y la reparadora de su sexo. Esta ennobleció á la mujer, enriqueciéndola con tres especies de soberanía, del pudor, de los dolores y de la virtud. Siempre Virgen, Madre Dolorosa, Mujer Inmaculada y Santísima, Reina Misericordiosa y amable, es el modelo divino de la mujer en todos sus estados. Solo el procurar imitarla es para la mujer un honor y una nobleza.

No fué menor la solicitud de la Iglesia por los hijos. Primero multiplicó su celo á fin de conservar su vida al nacer, para que recibiesen el bautismo. Despues reprobó enérgicamente la exposicion y el infanticidio, y en breve sus incesantes predicaciones modificaron las costumbres públicas en este punto, y fueron causa de que se modificasen las leyes: modificacion que no sospechaban los emperadores que era debida á aquellos cristianos á quienes tan encarnizadamente perseguían. Luégo impuso penas severísimas contra los que de algun modo abusaren de la debi-

lidad de los niños; y, por último, recogía con cuidado á los expósitos y los hacía educar. En todos los pueblos en que fué introducido el cristianismo, mejoró rápidamente la condicion de la mujer y de los hijos, y en donde no se introdujo, continuó más tiempo la antigua degradacion. Esta prueba es decisiva.

Lo que hemos dicho de la antigua sociedad pagana, se observa todavía en aquellas naciones en donde no ha penetrado aún la luz del Evangelio. Los mismos vicios, la misma degradacion de la mujer y de los hijos, las mismas crueles supersticiones. No hablaremos de las tribus salvajes de América y Australia, en donde la barbárie y la ferocidad exceden á cuanto se puede imaginar; citaremos solo á la India, y á aquella China que Voltaire y sus discípulos presentaban como el bello ideal de la perfeccion.

La civilizacion de la India permanece tan estacionaria, que con razon un escritor moderno ha dicho de aquel pueblo que parece una petrificacion de la raza humana. Aquella sociedad helada se sostiene en virtud de su propia atonía, aunque corroída por las plagas más repugnantes. Sumida en el mayor embrutecimiento, en la idolatría más grosera, en las supersticiones más bárbaras, subsiste sin ninguna modificacion hace muchos siglos. La odiosa distincion de castas impedirá siempre todo progreso. La condicion de los infelices *párias* es más desgraciada que la de los esclavos más oprimidos: se tiene por deshonor el conversar con ellos, y se cree contaminada el agua y la leche sobre las cuales pasa su sombra. Aun en los países en que hace más de un siglo dominan los ingleses, no ha mejorado la condicion social: éstos se ocupan de explotar á la India más bien que de civilizarla. Todavía en la fiesta del carro (*Tirunnal*), entre cánticos y danzas obscenas, los padres y madres, con sus niños en los brazos, se precipitan delante de las ruedas para hacerse aplastar por ellas. Todavía se conserva la horrible costumbre de ser sacrificadas las viudas sobre la tumba de sus maridos, y mil viudas suben cada año á la pira de sus esposos en solo el distrito de veinte ó treinta millas alrededor de Calcuta, sometidas á Ingla-